



a poesía -dicen- es un acto de amor, un don, una potestad. Y más cosas. En todo caso, requiere una certeza a prueba de zozobras, que trasciende crecidamente los límites de cualquier concepción, permitiéndonos establecer una metafísica de la poesía o, más modestamente, del oficio de los poetas.

Si de fe careciera, si convicto y confeso de todo lo anterior yo no fuese, devendría tan inútil como imposible, tan arduo como absurdo, tan estéril como pedante, glosar las excelencias de un arte como éste, cuando en los aledaños de su nocturno santuario, el mundo, salvo escasas excepciones, ignora a la poesía: no es un valor de cambio, no posee liquidez de clase alguna, y, para colmo, contraviniendo a Marx, que erraba también en esto, no genera dividendos ni plusvalía; y, como no se vende, tampoco importa al fisco, para el que calidad -discúlpese mi incursión aritmética- es directamente proporcional al IVA devengado por el libro y su autor. La poesía, los poetas, no abundamos especialmente en problemas contables, lo cual quiere decir, de un modo escueto, que no tiene/tenemos la más infima trascendencia social. Ello, unido al desprestigio del género por los excesos de algunos y las liviandades de otros, las no siempre fundadas polémicas, el amiguismo mal entendido, la injerencia -no siempre deseable- del poder y hasta, si se me permite un rasgo de humor, el intrusismo profesional (recuerden al efecto un libro de poemas, esperpéntico él, de los diputados de la Nación: ¡toda una antología!), ha acabado por relegarnos casi a las catacumbas, religión esotérica de unos pocos, que, muy a duras penas, resistimos, ahora y siempre, al ídolo de moda, ese tan traído y llevado becerro de oro, que espero, como en el éxodo bíblico, halle raudo sepulcro en los infiernos. Y, en circunstancias tales, entre tanta tribulación, no es el "arma cargada de futuro" que fue, ni falta que le hace, pues nunca la poesía será un arma, por más que apunte siempre al corazón y a dar.

Sentado este principio, tengo por buenas todas las poéticas, siempre y cuando definan, total o parcialmente, lo universal, no circunscribiéndose a enmascarar banderías, tribalismos literarios, limitaciones estéticas o, incluso, en el peor de los supuestos, burdas operaciones de márketing comercial.

Aparte la de Aristóteles, no ha brincado el pretérito poéticas solventes, a excepción, claro está, de la que formulase el marqués de Santillana, aquel "fingimiento de cosas útiles, cubiertas de muy hermosa cobertura". Quinientos años más tarde, el portugués Fernando Pessoa proclamaba casi lo mismo, aseverando que el poeta era un fingidor y proclamado la primacía de los sentidos (por engañosos que sean) sobre la filosofía. La idea de ficción, que no de fábula, queda en ambos patente: El poeta crea, inventa, finge, pero no engaña; su coartada es la estética (término derivado de una palabra griega cuyo significado es sentir y también percibir). El poeta se construye su propio universo, un mundo a su medida para escapar de la realidad, y ofrecerlo al lector como tierra de exilio, donde lo eidético y